

pudiere haber; é aun quiérole fablar mas altamente é con mayor soberbia: que aunque Dios é el Emperador é cuanto poder él pueda haber, que trabaje en la ayudar quanto pudieren, ella nunca la cobrará; é demás, bien entendeis cuantos aquí sois, que yo que non puedo aquí haber premia ni fuerza para entrar en juicio ni para hacer batalla por mí, si no quisiere, en estarazon; ca somos aquí diez mill caballeros de mi linaje é de mi sangre, é de una naturaleza, que no hay ninguno de ellos que no punase en crescer mi honra é en aventurar el cuerpo por la levar adelante quanto pudiese; así que, cada é quando mi voluntad fuere de dar guerra al Emperador, que allí está, no le conviene de mucho dormir ni de yantar en paz; mas porque entiendan la locura de aquel caballero que se atrevió á lidiar por esta demanda conmigo, á lo cual traie mal seso, é la osadía nescia en que se entremetió; é otrosí, porque entiendan que en mí nunca pudo ser fallada cobardía contra ningún caballero en batalla en tal razon como esta ni en otra ninguna; pero aunque á mí honra ninguna no viene, mas deshonra, en entrar con un tal caballero en campo, yo le otorgo la batalla á que se me igualó, é dó mi gaje al Emperador aquí para facerla; pero á tal pleito, que pues la dueña tanto me afina, é el caballero así se atreve á entrar en campo conmigo, que si yo á él venciere ó le matare, pues yo el mi cuerpo pongo é me someto á la batalla con un tal caballero como este es, sobre lo que yo tengo en mi poder é es mio, que quemén á la dueña é á su fija; ca otramente no puede ser en ninguna guisa; é aun mas digo: si aquí en la corte ha alguno que le quiera ayudar en esta batalla, yo gelo dó por ayuda, é verán la locura de los atrevidos en cómo yo la sé escarmentar; ca en baño de su sangre los faré finir envueltos ante que de las mis manos partan; de manera que cuantos otros lo vieren é oyeren tomarán espanto é escarmiento tal, que ninguno otro hombre del mundo sea atrevido ni osado á igualarse conmigo en fecho de armas, ni contra otro caballero; que no hay hombre ninguno que supiere que tan gran mejoría como yo contra él é contra todo caballero he, que me ose mover batalla; é que nunca ninguno tal palabra diga por tan gran corte de tal hombre ni de ninguno otro no tan bueno como yo, ó como el contra quien se igualare en ningún tiempo, en tal guisa ni en otra; otrosí, contra mí ni contra quien mejor fuere é mas valiere é mas pudiere que él.» El caballero del Cisne, que no había mucho placer de gastar palabras con él, díjole así: «Duque de Sajonia, dejad estar agora amenazas, ca no ha tan cobarde caballero en el mundo que non pune en se defender quando en tal lugar fuere, ni otro hombre ninguno; é yo no quiero mucho alterar con vos en tal razon; pero que dice el proverbio antiguo que quien menaza, que ha miedo; é vos quando fuédes en el fecho farédes vuestro poder; yo de parte de las dueñas defenderé su derecho de la guisa que Dios me ayudare; mas á lo que decidés, que otra manera no puede ser la batalla sino con condicion que si vos vencierdes é matádes á mí, que maten á las dueñas otrosí, por ende esto no sería derecho perder lo suyo é á cabo morir por ello.» Allí respondió el Duque que si esto no querian, que le demandasen por do pu-

diesen allí adelante. El caballero del Cisne, veyendo el gran poder del Duque, é entendiendo que la Duquesa tenia mal parado su pleito si á talante dél no se ficiere todo, é que podría por esta razon desmanarse la lid de la no querer facer el Duque sin la condicion, é que se le podría su pleito despues parar peor de quanto lo ella entonce tenia, é que podría perder la tierra para siempre; é otrosí, atreviéndose en la merced de Dios, que es juez derecho, é esforzándose en los tuertos que el Duque, uno sobre otro, demandaba, que le comprenderian en alguna guisa, dijo al Duque que, como quier que sin razon fuese, pero por cumplir su talante, é dar á entender que había sabor de se llegar á derecho en cuantas guisas quisiese él, que él lo otorgaba por las dueñas cuyo abogado era; pero que, otrosí, con tal condicion: que como las dueñas metian sus cuerpos á este peligro tan grande, sobre la fuerza que de la tierra rescibian, que aquellos que él diese por fiadores para facer la batalla é entregar la tierra á las dueñas, si él muerto ó vencido fuese, que, como sobre ellas ponía pena tan sin razon, que fuesen muertos aquellos fiadores que él diese para cumplir esto; ca no sería bien de así esta pena tan desigualadamente partirse de la una parte é no de la otra, mas que fuese por amas las partes comunmente; é á lo que él dijera, que si había alguno en la corte que le quisiese ayudar con él en aquella batalla, é que gelo daba él por ayuda, que él decía que no quería él contra él otra ayuda fuera la de Dios é de la verdad que la dueña tenia; é que con estos dos fiaba él, por la su merced, que el día de la lid, antes que el sol se pusiese, habrían gran pavor los que en esta fiaduría entrasen.

CAPITULO LXXV.

Cómo el Emperador rescibió los gajes, é mandó juzgar la batalla.

Quando el duque de Sajonia oyó esto que el caballero del Cisne dijo, tanto dió á entender que le tenia en poco é que tenia en deshonra la ayuda que le desdeñara, é todas las otras razones que dichas son, que le dijera que, así como en muy gran desden, á mezcla de saña é de riso, como en manera de escarnio, volvió la cabeza muy desdeñosamente contra el caballero é díjole: «Señor caballero, yo otorgo esto que pedides, é que sea así como vos decidés.» Desí levantóse contra los suyos é díjoles que lo otorgasen; é ellos, envueltos con la soberbia é en la vanidad del Duque, teniendo que no tan solamente contra un caballero, mas si fuesen veinte, uno á uno ó dos á dos, que no podrían endurar la fortaleza del Duque, é que todos serian muertos, quanto mas aquel uno solo, de que no facian cuenta; é en esfuerzo de esta su creencia otorgáronlo todos, é que escogiesen dellos los que quisiesen para facer la batalla é entregar la tierra, é se parar á la pena si menester fuese; é el pleito fué firmado de amas partes desta guisa: que si el Duque venciese ó matase al caballero, que quemasen á la dueña é á su fija, é que el Duque hobiese la tierra libre é quita; é otrosí, que los que el Emperador escogiese de parte del Duque para facer esta fianza é la cumplir, que fuesen descabeados. E desque el pleito fué firmado por amas partes,

segun por la hestoria es dicho, fué luego el Duque, é dió un sombrero que tenia en la mano, en señal de su gaje, al Emperador; é los fiadores fueron luego prestos para facer cumplir aquella batalla é lo que fué puesto; é destos fueron escogidos treinta de los mejores é mas honrados parientes que el Duque había, cuales los el Emperador por sí escogió; mas el Emperador, á quien placía que la cosa viniese á derecho, é lo había mucho á voluntad, desque hobo tomado los gajes é los fiadores para facer la batalla é para cumplir todas las otras cosas que fuesen puestas, so las condiciones que dichas son é segun sobredicho es, escogió luego, otrosí, veinte é cuatro hombres honrados de los mas ancianos é mas sabidores de semejante fecho que en la su corte había, estos todos de muy altos hombres, así como duques é condes é hombres de alta sangre, é mandóles entrar en una cuadra muy noble, cual adelante dirémos, do hobiesen su consejo é ordenasen la manera desta lid en cuál guisa había de ser fecho, é cuáles armas había de meter cada uno.

CAPITULO LXXVI.

De las fechuras de la cámara, é de la imágen que estaba en ella.

Aquella cuadra de que vos dijimos, do el Emperador mandara entrar aquellos hombres honrados que sobre el fecho de los lidiadores sobredichos que habían de ordenar, era fecho desta guisa: ella estaba debajo una torre muy grande é muy fuerte é muy alta é muy bien fecho á gran maravilla, do tenia el Emperador su tesoro; é la cuadra era ochavada, é era tan grande, que había en cada cuadra doce brazadas; é eran ahí pintadas muy muchas hestorias, así como la de Troya é la de Alijandre, é otras muchas de los grandes fechos que acaescieron en los tiempos pasados; é esto todo era bien fecho á gran maravilla con letras de oro é con azul, que mostraba cada hestoria sobre sí, cuál era é de cuál fecho; é á la una parte de la cuadra estaban veinte é cuatro sillas muy ricamente labradas é á gran nobleza, é delante las sillas estaba una imágen, que era metida en un tabernáculo de marfil yuntado con oro é con plata, é obrado de obra muy sutil é muy extraña; é la imágen era toda de plata é la mas sutil obra que nunca hombre vió, é era fecho en figura de rey que estaba asentado en su silla, é una corona de oro con piedras preciosas é maravillosamente fecho en su cabeza, é la mano siniestra debajo del manto, é la diestra tenia tendida como en manera que quería jugar ó facer demanda de alguna cosa; é era dorada muy ricamente en los lugares do convenia; é en la cola del manto é de todas las otras vestiduras, muchas piedras preciosas que eran ahí engastadas, que habían muy gran resplandor; así que, parecía muy noblemente. Esta imágen hobieran fecho los sábios antiguos por tal manera, que quando alguno de los veinte é cuatro hombres que estaban en las sillas juzgaban derecho, tendía la imágen el brazo en señal de conceder; é quando juzgaba tuerto, encogíalo, en señal que no otorgaba; é por ende todas las gentes, quando acaescian en aquella tierra los grandes pleitos, ó en otras muy léjos, allí lo venían á juzgar; é duró esto así fasta el tiempo de

un emperador que hobo, que fué el cuarto despues deste que decimos que á esa sazón que este fecho acaesció era, que lo mandó desfacer, con muy gran mengua de haber que hobo, donde vino muy gran mal é muy gran daño á toda aquella tierra é otras muchas que se aprovechaban de la su virtud; é en aquella cuadra fueron ayuntados aquellos veinte é cuatro hombres que el Emperador mandó escoger para acordar é librar este pleito de que primero fablamos; é el que primero habló fué el duque de Lembrot, que era hombre anciano é de muy buen seso, é era muy buen caballero de armas, é dijo así: «Señores, este fecho en que estádes es muy grande, ca el duque de Sajonia es muy fuerte hombre é muy bravo, é fizo en esta tierra muchos males é muchos daños por su soberbia é por su gran braveza, é al Emperador mesmo los fizo grandes, é aun á todos los otros vecinos de la tierra; é bien sabédes que no hay aquí otros de vos á quien él tuerto alguno no haya fecho é deshonras grandes; é de mí, que aquí estó, vos digo que la recibí dél muy grande, ca pasando una vez el vado de San Floreinte, no me guardando dél, ni creyendo que él querella de mí toviese, encontré conmigo é derribóme del caballo, é frióme muy mal en el cuerpo, é no me quiso facer emienda ni derecho. Por lo cual, si me él diese hoy á Boloña por heredad, no podría dél perder querella ni lo amar; mas quanto toca al nuestro, quédese agora, ca no estamos en sazón de lo aquí ver; mas por lo que aquí nos ayuntamos, veamos é dejemos todo lo ál. Bien sabemos, é bien sabédes todos, que esto no es secreto, cuán gran tuerto é cuán gran fuerza aquella dueña de Bullon recibe de él, é de cómo la tiene forzada su tierra sin derecho é sin razon, ca no hay aquí quien no sepa que ella é su fija son herederas de Bullon é de la otra tierra que les él tiene é hobo tomado por fuerza; é sabemos que muchas veces ha querellado esta duquesa esta fuerza que recibe al Emperador, é nunca pudo haber derecho; é lo querelló, otrosí, á todos cuantos en la su corte éramos, é nunca le valió ninguna cosa; mas tanto lo dudábamos ya todos, que valemos menos por ello; é así por esto, señaladamente en no consejar fasta aquí al Emperador aquello por donde mayor derecho pudiese facer, é mas, pues que el entendimiento deste fecho nos fizo aquí ayuntar, é juramos que le dijésemos verdad, é que le consejásemos derechamente en lo que hobiese de facer en ello. Ternia yo por bien que primeramente nos prometiese él, é nos otorgase que aquello que le aconsejásemos é fallásemos de derecho que facer debiese, que fuese firme é estable, é que no se apartase despues dello; é esto que nos lo jure ante.» E todos tovieron esto por buen consejo; é sobre esto fueron al Emperador é mostráronlo así, é él otorgólo así, é juró de aquella guisa. Desí tornáronse sobre esto á su consejo é sentáronse en sus sillas; é este mesmo duque de Lembrot, que en el comienzo ahí fablara, comenzó su razon é dijo así á los otros sus compañeros é amigos: «Si vos entendeis que es derecho é razon, á mí parece que sería bien, segun mi entendimiento, que la lid de estos dos caballeros que fuese desta guisa: que los metamos amos en el campo, segun es uso é costumbre

é fuero de fijosdalgo é de hombres de alta sangre, como estos; sean armados los cuerpos muy bien de todas armas é sobre muy buenos caballos; ca non entiendo que seria bien de tales hombres lidiar de pié é á esgremir de espada é de roela; é desque fueran metidos en el campo, é los fieles que los hobieren de guardar con ellos, Dios, que es derecho juez, aténgase con la verdad; mas por razon que el duque de Sajonia es tan poderoso como sabedes, é tiene aquí tan gran poder de parientes é de vasallos, é tan gran pieza de duques é de hombres honrados é de condes de su parte, ha menester que todos los que fueren de parte del Emperador é de nosotros é de toda la gente de la cibdad, que salgan armados, de caballo é de pié, á guardar el campo, porque si los de parte del Duque han lo peor de la batalla, lo cual por aventura puede ser, si acasciere que se quisieren alborozar á facer alguna cosa por lo acorrer é por lo vengar, si menester fuere, que esta gente armada que gelo non consienta; é mas, que mandemos apregonar que ninguno de su compañía que armas sacare fuera en el campo, que muera por ello; é mas, que todos los caballeros de parte del Duque fagan homenaje al Emperador que ninguno no se remueva ni se alboroce á facer ál, si ventura fuere del Duque de morir ó de ser vencido; é mas, que los que fueren fiadores para facer la batalla ó se obligaren de parte del Duque, que si el Duque muerto ó vencido fuere, que á ellos otrosí que los maten, é que sean metidos en poder del Emperador é en su prision, así como en rehenes; ca si sueltos fincasen tales hombres del Duque, muerto ó vencido seyendo, serle-ha-hí muy grave al Emperador, despues de los prender por aquello; é el Duque muriendo ó seyendo vencido, que por ninguna manera del mundo no escapen á vida, por mucho haber que dén' ellos, ni por pleito otro que ahí pueda ser fecho ni traído; lo uno, porque es derecho é razon que, pues las dueñas deben morir el su lidiador muriendo ó seyendo vencido, que mueran ellos, otrosí, si el suyo fuere, é á ello son obligados; lo otro, porque son tales hombres é tan poderosos é tantos, que si el Duque muerto fuere é ellos escaparen, que puedan dar tanta guerra al Emperador, é facer tanto mal á la tierra despues con la muy gran cruera é desconocimiento é mala verdad que en ellos ha é hobo siempre, que podrian traer la tierra á tal peligro, á que nos no podrémos dar consejo; é que así, no sentia que en ninguna guisa pudiesen escapar, é si escapasen, que no podria ser que gran daño de la tierra no fuese; mas que la justicia fuese fecha igualmente é sin bando en cualquier de las partes que se debiese facer, si en las dueñas, ó si en las rehenes, en ellos otrosí; é que el derecho de amas las partes fuese bien é igualmente de la una parte é de la otra guardado; ca bien sabia é era cierto que el Duque tenia mal pleito en aquella razon é en otras muchas; mas el fecho en juicio estaba, é ellos eran ende jueces, que ordenasen é mandasen lo que entendiesen que derecho era, é Dios ficiese ahí el suyo; pero que, segun sabia é viera en muchos lugares de los juicios de Dios en cómo se mostraban en tales fechos, é segun sabia el desamor que el Duque á las dueñas tenia, que no dudaba él que el caballero

qué lidiaba por las dueñas no venciese, ca siquier bien parecia en la su venida, é de la guisa que vino é á aquel tiempo, que no viniera ahí sino por mandado de Dios é por el su milagro, que lo trujera á aquel punto señalado, por destruir la soberbia de aquel Duque tan atrevido en todo mal; é por ende, ha menester que si el Duque muriere ó viniere en vencimiento, que por cosa que en el mundo sea, las rehenes no escapen; ca no seria menester el fuego é el mal que dellos en la tierra vernia por cosa que en el mundo ser pudiese. » Cuando el duque de Lembrot hobo dicho, todos los que allí estaban le otorgaron que dijiera bien, é la imágen mesma tendió la mano contra él, señal de aprobacion.

CAPITULO LXXVII.

De la razon que dijo el conde de Namur.

En aquel consejo habia un conde que era señor del condado de Namur, que habia nombre Ancelines, é era hombre de buen entendimiento; mas empero tanto temia é recelaba al duque de Sajonia, qu'el gran temor que él habia vencido al seso. E cuando el duque de Lembrot hobo acabado su razon, comenzó él la suya, é dijo así: «Señores, el Duque ha dicho muy bien segun el su entendimiento é lo que podria ser; mas empero, si me vos creer quisierdes, é segun lo que yo entiendo, de otra guisa me parece que se debria facer, é que seria lo mejor. En este fecho cayendo, como el Duque ha dicho, veo muy grandes peligros é muchos é de muchas maneras; lo uno, porque el duque de Sajonia es tan poderoso hombre como todos sabedes, de tierra é de haber é de caballeria; así que, aquí dentro en esta cibdad tiene hoy consigo, entre parientes é amigos é vasallos, de diez mill caballeros arriba, atales, que si mañana quisiesen, echarian de aquí al Emperador ó le farian perder la mas de la tierra que ha; é de otra parte, otrosí, lo ál es muy gran peligro, porque el duque de Sajonia es uno de los mejores é mas fuertes é mas récios caballeros que saben en todo el mundo, é de mayores fechos é mas acabado é que mas haya acabados. Este otro caballero que trujo el cisne, veo que es muy mancebo é muy niño, é no semejable que muy afrontado haya seido en fecho de armas, ni que en grandes afrentas se haya podido ver, ni vimos ni oimos de ningun gran fecho ni de otro que él en ninguna tierra ficiese; é por ende, me semeja á mí que seria cosa muy sin razon de meterlos así á uno por otro á dos en el campo; ca muy gran maravilla de Dios é muy gran su milagro podria ser si este caballero del Cisne, que tan mancebo es, venciese al duque de Sajonia; é aun otro peligro entiendo en esta lid: que si por aventura el caballero fuese muerto ó vencido, todo el daño tornaria sobre nos; ca la culpa á nos la tornaria el Duque, porque juzgáramos que lidiasen de aquella guisa á igualdad uno por otro, é así lo ternia á gran deshonra, é enquebrantarnos lo querria despues, é ha, como yo creo, levantárenos gran daño de aquello que agora estamos en paz; é al Emperador mesmo se le podria levantar tan grande por do podria perder lo mas de su tierra, segun el poder qu'el Duque ha. E otrosí vos digo que si el Duque fuese muerto, todo su linaje nos querrá

siempre mal despues, é nos lo buscarian por cuantas maneras pudiesen; é por ende ternia yo que seria bien que aquellos treinta caballeros que son escogidos para entrar en las rehenes por el Duque, maguer el Duque fuese vencido ó muerto, que ellos no muriesen, porque fuesen quitos por alguna buena pleitesia que hobiesen con el Emperador. Esta es la mejor carrera que yo entiendo é veo para ser todo el fecho de todas partes mas sin peligro. » Cuando esto hobo dicho el conde de Namur, callaron todos los que ahí estaban; mas la imágen esa hora encogió el brazo, en señal que lo no otorgaba.

CAPITULO LXXVIII.

De la razon que dijo el duque de Lorena.

Un duque de Lorena era ahí á esta fabla, á que llamaban Simon, é era hombre mucho honrado é de gran seso é de buena vida é muy buen caballero de armas; é cuando vió que el conde de Namur hobo dicha su razon, comenzó él la suya é dijo: «Señores, ruégovos por mesura que me oyádes: el conde Namur ha dicho que entiendo qué podria acascer deste fecho, pero yo no lo entiendo desta guisa ni me otorgo á ello, como quier que bueno es, segun la manera del entendimiento en que lo él tomó, ca podria ende venir muy gran daño desta guisa que él lo ha dicho, é decir vos he cómo: bien sabedes todos el muy gran mal que el duque de Sajonia ha fecho en toda esta tierra despues que tomó el ducado de Bullon, é echó dél á la duquesa Catalina por fuerza; ca villa ni castillo sobre que asienten no le puede durar que lo non quebrante é lo non prenda, por el gran poder que ha. E otrosí, sabedes cuántos monasterios é abadías ha destruido, é robado é quemado muchas iglesias, é cuántas gentes ha muerto en facer todo esto; pero aun con todo eso, no lo tiene él en nada, ni cree que cosa fizo en que á Dios hobiese deservido. E por ende, es bien en todo caso que lidien así como dijo el duque de Lembrot; ca bien creo é tengo por cierto que la venida deste caballero no ha seido sino por juicio de Dios, que envia quebrantar el brío, é la crueldad deste Duque; ca, si mirastes bien, dió á entender la imágen la razon que dijo el duque de Lembrot, que decia derecho é que placia á Dios; ca luego tendió la mano, en señal que lo otorgó; é á lo que dijo el conde Namur luego la encogió, así demostrando que lo no otorgaba ni le placia. E por ende digo que, pues señales hay que placen á Dios, é que es derecho lo que dijo el duque de Lembrot, que debe todo ser así é de aquella guisa que él dijo, é yo así lo otorgo en cuanto mi poder es; é desde aquí decid cada uno de vos lo que vos place é entendiéredes que es bien.»

CAPITULO LXXIX.

Cómo los doce pares juzgaron que lidiasen los caballeros dos, é los metieron en el campo.

Quando el duque de Lorena hobo acabado su razon, aquellos doce pares que eran ahí por juzgadores é libradores desta contienda, fablaron todos en el fecho, é hobieron muchas porfias, pero al cabo acordaron todos en lo que dijiera el duque Simon de Lorena, segun que

lo hobo departido el duque de Lembrot en comienzo de su razon, é otorgáronse todos aquello. E otrosí la imágen tendió otra vez la mano otorgándolo, segun manera de la muestra que facia é la su costumbre era. Entonce juzgaron esos doce pares que lidiasen á caballo á mos caballeros, el duque de Sajonia é el caballero del Cisne, armados de todas armas é los sus caballos, é que confirmaban el pleito en tal guisa, que las rehenes sobredichas de parte del Duque que fuesen puestas en poder del Emperador en su prision ante que los caballeros entrasen en el campo; é la duquesa de Bullon é su fija otrosí puestas en recabdo, en tal manera, que si el Duque venciese al caballero ó lo matase, que la dueña é su fija fuesen quemadas, é la tierra hobiese el duque de Sajonia para siempre quietamente; é si el caballero matase el Duque ó lo venciese, que los treinta caballeros de las rehenes del Duque fuesen todos muertos é no escapase ninguno, ni lo consentiese el Emperador que ninguno quitase esto sobre el concierto é la jura que ficiera; é que entregasen la tierra á las dueñas, é la hobiesen libre é quita, como debia ser, sin embargo; é los de parte del Duque que ficiesen homenaje de seguir al Emperador, que ninguno de su compañía que fuese al campo é arma sacase, que muriese por ello. E todas las cosas, segun dicho es, que el duque de Lembrot hobo hablado, que era bien todo lo que ellos otorgaron, mandando, juzgando é dando por sentencia que se ficiese é se cumpliese todo así; é de aquella guisa que lo él hobo dado por consejo, á ello fueron todos conformes. E cuando esto hobieron acordado é juzgado sobre ello, fuéronse para el Emperador é dijéronle lo que habian, acordado é confirmado ya, é él, otrosí, otorgólo é tomó por bien. E luego el Emperador mandó llamar las partes ante sí, é fizoles el pleito afirmar porque no se pudiesen tirar afuera; é puso la lid para otro día lunes de mañana, que era otro día de cinquesma; é el duque de Sajonia hobo muy gran caballo é muy buenas armas de suyo; que él siempre traia consigo lo mejor é mas cumplidamente que ninguno de todos los altos hombres que en toda la tierra habia; mas el caballero del Cisne, que las no trujera, armólo el Emperador de todas las armas que hobo menester, salvo de escudo é de lanza, que se traia él, ca esto no quiso trocar por otras ningunas; é dióle su caballo, que habia nombre Florin, que era el mejor que habia en ninguna tierra; é esa noche tovieron á mos los caballeros vegilia en la mayor iglesia de la villa; el uno al altar de san Ramiro, é el otro al de san Pedro. E otro día oyeron misa, é ofrecieron á mos sus ofrendas muy grandes é muy ricas; é despues armáronse muy bien, é salieron en sus caballos é fueron al campo do habian á lidiar, que era en unos prados muy grandes é muy llanos que estaban so las finiestras del palacio del Emperador, que era cerca del rio; pero ante que entrasen en el campo juró cada uno de ellos que demandaba derecho el uno, é el otro juró que defendia verdad. Mas no era así del duque de Sajonia, que tenia muy gran tuerto, así como Dios lo mostró aquel día. El Emperador dió luego doce de los mejores hombres é mas honrados que eran en toda su corte, que fuesen fieles de aquella lid, é fizo armar quinientos caballeros que guardasen el campo é la raya; é todos los

otros otrosí estaban apercebidos con sus espadas á los cuellos, é con sus caballos é sus armas aparejados cuantos de parte del Emperador eran, porque si los otros quisiesen revolver para ayudar al Duque, que non gelo consintiesen; é á toda la gente menuda de la cibdad mandó otrosí estar apercebida con todas sus armas; é fizo luego los treinta que fiaran la lid del Duque venir ante sí, é fizolos meter en una torre muy fuerte de su alcázar é guardarlos muy bien; é á la duquesa Catalina tomáronla duques é de esos honrados hombres que en la corte eran que fiaran al caballero del Cisne para hacer la batalla, é á su hija. E desdeque todo esto fué fecho é ordenado, mandó apregonar que ninguno que de parte del duque de Sajona fuese, que armas sacase en el campo ni muestra ficiese de alborozo ninguno, que muriese por ello; é que ninguno no fuese osado de hablar ni decir ninguna cosa porque se pudiese oír ni entender, ni ficiese señal de muestra contra ellos ni contra otro, por palabra ni por ninguna señal otra que pudiese ser fecha; si no, que perderia la cabeza; mas que todos estuviesen muy quedos é muy callados, é que oyesen. E esto fecho, metieronlos en el campo, é los fieles con ellos; é desdeque dentro fueron, el caballero del Cisne descendió de su caballo, é tendió los brazos en cruz é echóse en medio del campo, é fizo su oracion á Dios lo mejor que él pudo; é eso mesmo fizo despues el Duque. Desí levantáronse é subieron en los caballos; é ante que se alongasen para irse ferir, el caballero del Cisne dijo así al Duque: «Señor duque de Sajona, ruégovos por amor de Dios é por mesura é bondad que dedes á aquella buena dueña su tierra, é bien sabédes que por fuerza gela tomastes, así como el Emperador é cuantos hombres honrados son aquí con él lo testifican é lo afirman, é dicen que es verdad, é lo saben bien, que sin razon é sin derecho gela tenédes; é no gela tomastes sino desde que su marido fué muerto é que no habia quien la amparase; é por esto fariades bien de gela dar, é dejar esta batalla.» Cuando esto oyó el Duque hobo gran saña, é respondióle así como en escarnio é dijo: «Varon, seméjame esas palabras de monje ó de hombre que quiere predicar; é pues así es, debriedes ante ir á decir vuestras misas que entrar conmigo en este campo, do vos pienso tal parar ante que la hora de las vísperas sea, que querriades ante ser en cabo del mundo ó allá donde venistes, que sufrir lo que vos yo faré.» Cuando el caballero del Cisne esto oyó, bien conoció que en el caballero no fallaria paz ni buena respuesta; é luego firió el caballo de las espuelas é alongóse dél para venirle ferir, é el Duque fizo eso mesmo. Allí estaba muy gran gente para ver la lid de los dos caballeros; é el Emperador mesmo estaba á las finiestras del su palacio con todos los honrados hombres que con él eran é todo el pueblo; é la gente menuda estaban por los sobrados é por los muros é por las barbacanas, é por derredor del campo do lidiaban; ca tanta era, que para todo habia asaz; é estaban mirando lo que farian aquellos dos caballeros ó á qué fin vernia aquella lid; mas mucho recelaban todas las gentes la grandeza é la fortaleza del Duque de cómo parecia con la de su compañero; pero esforzábalos, otrosí, que veian al otro andar muy avivado é muy presto para ir á cometer al Duque, é ca-

balgaba muy apuesto é de buen continente, de guisa que todos habian placer de la su vista, ca sabia muy bien apersonarse é componerse con sus armas; é otrosí, les esforzaba que sabian que entraba con verdad; é así, rogaban todos á Dios que venciese. Mas ante que se furiesen, el Duque comenzó á ir muy paso contra el caballero, é el caballero lo atendió é no quiso mover contra él; ca bien entendió que alguna cosa le queria decir; é el Duque, desdeque fué cerca dél, díjole así: que le rogaba por Dios é por la crisma que recibiera, que dejase de demandar aquella tierra, que era suya, é que no quisiese ser muerto ó vencido por lo ajeno é por lo en que no habia nada, é que faria bien é de su pro: é si esto no queria hacer, que le decia que ante que se pusiese el sol lo mataria ó lo venceria, con muy gran deshonra dél é de la dueña por cuya voz habia entrado. El caballero del Cisne, cuando esto oyó, respondióle como hombre muy sin miedo é como que non lo tenia en mucho, é díjole así: que mentia como desleal; ca él era el que moriria é seria vencido, é que mentira traia é deslealtad; é él seria el que venceria é lo mataria á él, ca él demandaba verdad é derecho; é pues así era, que no andoviese á fabiillas, mas que librasen lo por que allí eran entrados; ca por la su deslealtad grande que tenia é facia aquella dueña, que ante que la hora de nona llegase le faria yacer muerto en el campo ó vencido, é perjuro de la jura que ficiera, ó lo echaria del campo por alevoso. Entonce con muy gran saña arredráronse el uno del otro lo mas que pudieron, é dejáronse uno á otro venir muy récios cuanto los caballos los pudieran llevar; así que, todo hombre conocia bien en la su venida que se desamaban muy de corazon, é fuéronse ferir, é diéronse tan grandes golpes de las lanzas, que se falsaron los escudos, é fueran muertos amos, sino por las lorigas, que eran muy fuertes, pero las lanzas quebraron en ellos; é de como venian los caballos muy récios, toparon en uno los caballos de las cabezas é de los cuerpos tan fieramente, que cayeron los caballeros en tierra, é estovieron atordidos una muy gran pieza; así que, cuantos allí estaban cuidaron que eran muertos, como aquellos que no mescian ni pié ni mano ni cabeza; así que, el Emperador é todos los hombres honrados que estaban habian ende gran duelo; mas aquellos doce caballeros que eran fieles del campo, vinieron luego á ellos, é el uno trajo agua fria de una fuente que habia en un cabo de aquel campo, echárongela por las caras, é entonce acordaron; é cuando se vieron así yacer en tierra, é oyeron el llorar é el duelo que facian por ellos las gentes, levantáronse cada uno lo mas apriesa que pudo; mas el caballero del Cisne se levantó primero é metió mano á la espada, é despues levantóse el Duque é fizo eso mismo, é fueron á tomar sus escudos, que se les cayeran cuando se derribaron de los caballos, é comenzaron á venir muy paso el uno contra el otro por furtarse los golpes, ca bien sabian mucho de esgremir. El Duque dijo al caballero del Cisne: «Varon, aun vos ruego que vos partádes desta demanda desta tierra, porque vos metédes á este peligro no habiendo derecho ninguno ni razon; é dígovos esto porque me duelo de vos, ca vos veo muy mancebo é asaz apuesto é guisado para

vivir; é no querádes destruir vuestra vida é vuestra mancebia tan temprano é tan á vuestra deshonra como agora estádes acercado de lo ver, ca bien védes cuán guisado tengo de vos facer comprar caramente la locura vuestra.» E el caballero del Cisne no le respondió ninguna cosa é calló, é comenzó de mesurar é fizo un paso contra él. Entonce el Duque fizole señal de acometimiento, é echóle tres golpes de esgremir, é el cuarto fué al apartarse dél; así que, todo hombre que lo viese entenderia muy bien que sabia mucho de aquel oficio, é que era menester á su compañero de avivar bien el corazon; mas ante que el Duque hobiese tiempo de coger el brazo contra sí, el caballero del Cisne, que no sabia menos de esgremir que él, é sabia muy mas, dióle un golpe de la espada sobre el yelmo en derecho del rostro, tan grande, que un pedazo dél vino á tierra, é cortóle la nariz á vueltas del bezo; así que, le parecian todos los dientes de delante, é todo se cobrió de sangre fasta los piés; é despues díjole así muy sañudamente: «Don alevoso, probado en mal punto hobistes la traicion conocida que comenzastes contra la dueña de Bullon, é fecistes la falsa jura que jurastes, pensando llevarle la tierra, por lo que á Dios no placirá, no querirá que sea así; ante moriréis hoy aquí como falso, é á la dueña fincará la tierra libre é quita; pero si aun quisierdes venir á alguna buena pleitesia, agora la faria yo con vos; é que fuese tal porque vos no muriédes é la dueña hobiese lo suyo, é seria yo vuestro vasallo, con quinientos caballeros que son aquí de la dueña, en tal guisa, que vos fariamos homenaje de vos servir en todos los lugares que vos hobiédes menester, é de venir así á las grandes cortes cuatro veces en el año.» Cuando esto oyó el Duque, entendiendo que no lo decia aquello el caballero sino en manera de escarnio, comenzó á mescer la cabeza, como hombre escarnido é que lo tenia á mengua; é tan gran pesar habia de aquello que oia é de lo qu'él ficiera, que cuidaba ser muerto; é por ende le respondió así, como hombre fuera de seso é muy bravo, é díjole: «¡Ay traidor! porque piensas que me escarneciste me fablas así en escarnio é en movimientos de pleitesia é de homenajes; no es esto nada, ca verás agora esta sangre que de mí se va, é este destorpiamiento que crees que me has fecho, cuán caramente lo comprarás luego aquí; que por el nombre de Dios, esa tu mesma cabeza levaré agora de tí en precio de la mi sangre é de lo que me has fecho; é otra pleitesia ninguna nunca puedes ya desde aquí haber conmigo; é si tales ciento como tú hoy aquí fuesen contra mí, é todos así armados como tú estás, yo los cuidaria á todos destruir é matar unos é otros, que me no escapase ninguno.» E desdeque esto hobo dicho, dejóse correr á él con la espada alta derecha, que le cuidó dar por encima de la cabeza; é el caballero del Cisne cobrióse del escudo, é recibió el golpe en él; é cuanto la espada del Duque alcanzó del escudo del caballero é de sus armaduras, todo lo levó fasta la tierra; mas el caballero del Cisne dió al Duque de la espada de la parte diestra sobre el hombro tan grande ferida, que cuanto alcanzó de la loriga, todo vino á tierra; é ciertamente cortárale el brazo, sino por la espada, que se le volvió en la mano, é con gran saña díjole así: «Par Dios, don

traidor, la vuestra falsedad vos traerá hoy á la muerte.» Mucho hobo gran pesar é gran quebranto el Duque, é se tovo por muy escarnido cuando ferido se sentió así; é demás, que veía que le colgaba la nariz é una pieza del bezo sobre la boca, de guisa que le parecian los dientes muy feamente; é con gran saña é melenconia que ende habia é con que estaba, tiróse á una parte é tajóla con la espada é dió con ella en tierra; así que, fasta los piés fué cobierto de sangre todo de la ferida; é de aquello que le comenzó á refrescar comenzó más á salir, de guisa que parecia él ya bien bañado en la su sangre, el cual baño á su adversario habia prometido. E con gran despecho, así como leon que rabia, dejóse venir al caballero del Cisne, é dióle tan gran golpe en lo mas alto del yelmo, allí do era lo mas agudo, que metió la espada por bien una mano; así que, si no fuera por la merced de Dios, que lo guardaba, é la espada que salió al diestro en desvano, hobiérale fendido fasta en los pechos; tan grande fué el golpe é tan pesado, que al tirar de la espada fizole por fuerza fincar los hinojos al caballero; así que, cuantos lo vieron sin falla cuidaron que era muerto. E el Emperador mesmo, que lo veía, hobo ende gran pesar, é todos los hombres honrados que eran con él, caballeros é duques, é todas las otras gentes que á vista estaban, é sabian la gran sinrazon que el Duque hacia á la duquesa de Bullon, habian otrosí gran pesar é se dolian dello; é mucho mas sobre todos, á quien mucho pesaba é que mayor cuita habia, era la Duquesa é su hija Beatriz, á quien vino á decir un escudero do ellas estaban en oracion en la iglesia, la una al altar de san Pedro é la otra al de san Vincente, de cómo el Duque llegara al caballero del Cisne, su lidiador, á la muerte; así que, le diera un tan gran golpe de la espada por encima de la cabeza, que ficiera fincar los hinojos en tierra é quel' tenia de aquella guisa delante sí; é cuando la doncella hija de la Duquesa esto oyó, comenzó á facer muy gran duelo, é decir así á muy grandes voces: «Señor Dios, por la vuestra gran piedad no consintádes que esto así sea; é así como vos, Señor, sabéis que á gran sinrazon somos desheredadas é forzadas de lo nuestro de aquel que en vuestro perjuicio está en aquel campo, donde habemos nuevas que ha poder sobre el nuestro lidiador, no sufrádes que aquel que se combate por nuestro derecho, pues demanda verdad, sea muerto ni vencido, ni que justicia sea fecha en nuestros cuerpos por lo que no merecemos, ni que la verdad perezca é la mentira sea ensalzada; ni queráis, Señor, qu'el agravio sea vencedor ni que la falsedad venza á la lealdad.» E cuando esto hobo dicho cayó amortescida delante del altar; así que, la Duquesa, su madre, la tomó en sus brazos é la levó, haciendo muy gran duelo; é desdeque la doncella entró en su acuerdo del amortescimiento en que fuera, su madre la Duquesa, que mucho estaba cuitada, é con gran pesar de su corazon, comenzó á facer su oracion; así que, cuantos estaban en la iglesia lo oyeron, contando ella cuántos milagros ficiera nuestro Señor por los patriarcas é por los profetas é mártires, é por los otros santos, desde el comenzo del mundo fasta que subió á los cielos, é de los que acaescieron despues, tan bien de la ley vieja como de la nueva, con sus santos mártires,

rogándole é pidiéndole merced, por los bienes que ficiera á los sus fieles é á los sus amigos, que no olvidase á ella ni á su fija, que eran sus siervas, é que librase al su lidiador de aquel peligro en que le decían que estaba, é lo ayudase, que era su lidiador dél é lidiaba por él, é demandaba derecho é verdad en su nombre contra aquel lidiador del diablo; ca sabia él muy bien que los fechos é las obras de aquel duque, del diablo eran, é que su partido seguía é que á la su voz entrara en aquella lid é comenzara aquella batalla, é que le dician que había la mejoría della; que no quisiese que él fuese el vencedor, por do ellas perdiesen los cuerpos por tal juicio como sabía que era dado contra ellas, ni que perdiesen su tierra, que sabía muy bien él por cuántos derechos debía ser suya, é de cómo habían de servir bien con ella é lo servirían siempre, ni que perdiese, otrosí, el cuerpo é la honra el caballero que la voz por ella tomara, confiando en su inmensa justicia que mostraria milagro contra la falsedad, é esforzándose en esto, se fuera meter por ellas en aquel peligro, é que no hobiese la honra ni lo que no había derecho de haber el que la voz del diablo tomara, ca en fiuza de la su ayuda lidiaba, pues que mantenía tuerto é soberbia. Tales eran las oraciones que la buena Duquesa é su fija facian á nuestro Señor por el caballero del Cisne, su lidiador, é por sí mismas otrosí, á quien era menester que él venciese; de la cual plegaria ellas faeron muy bien oídas; ca en cuanto ellas en esto estaban, el su caballero no se estaba de balde en el campo, ante se combatía muy de récio con su compañero, é estaba muy esforzado, dando á entender que le tenía en poco; ca á la hora qu'el Duque le hobo dado aquel golpe por la cabeza, el caballero del Cisne puso el escudo ante el rostro, alzándolo lo mas que él pudo, é echó la espada muy alta entre los escudos amos contra el brazo del Duque, que bajaba con otro golpe. En esto el Duque retovo el golpe é tiróse un poco afuera; entonce el caballero del Cisne cobró muy ligeramente é movió contra el Duque, por le dar de la espada por la cabeza; é el Duque no le atendió, ante se arredró ya cuanto mas afuera dél; é como quier que el caballero del Cisne gran golpe rescibiera, no estaba por ende desmayado ni un punto, ante estaba muy esforzadamente con la espada en la mano é el escudo embrazado, considerando cómo podría ferir al Duque en descubierto; é el Duque acechaba otrosí á él cómo lo podría ferir, en esta mesma guisa; mas tanto había el Duque perdido de su sangre, que maravilla era cómo en pié se podía tener, é otrosí lo embargaba mucho la sangre de las narices, que se le cuajaba é no le dejaba coger el huelgo, é daba á las veces unos resuelgos por ellas que semejaban de leon ó de una gran serpiente, é tan maños é con tan gran saña los enviaba, que facia los pedazos de la sangre cuajada, que echaba por ellas, recudir muy léjos de sí; pero con todo eso, había muy gran deseo de se vengar si pudiese. E así estaban amos á dos acechándose cómo se podrían mas de mal hacer, ca mucho se dubdaban é recelaban fieramente uno de otro, por los muy grandes golpes que se habían ya dado; é cuando hobieron ya así estado una gran pieza, el Duque miró al caballero del Cisne muy afincadamente, é comenzóse de maravillillar mucho, ca nunca hom-

bre fallara en el mundo, ni lo en él había, que con él se osase tomar, cuanto mas un caballero solo, é haberlo ferido tan mal é tan deshonradamente, como haberle así tajado las narices é los rostros, sin los otros golpes que en el cuerpo tenía; así que, maguer venciese, siempre fincaria lastimado, de manera que nunca sería para parescer ante hombres ni se parar ante ellos. E por ende comenzó á decir contra nuestro Señor, que no creía en él ni en la su virtud, mas que se acomendaba al diablo, é que en él creía é á él oraba, é que le rogaba quel' viniese á ayudar, pues que Dios no lo podría hacer; é que de allí adelante se otorgaba por suyo, é prometió que no dejaría obispo ni abad ni á hombre ninguno de religion ninguna cosa en toda su tierra, ante destruiría las iglesias é las abadías, é las quemaría é las derribaría fasta en la tierra; é que dueña cuitada ni pobre cuitado ni huérfano nunca en él fallarian piedad ni merced ni derecho ninguno, mas todo mal en los desheredar é estragar, é en les facer el peor mal que pudiese; é sin todo esto, que se tornaria moro ante de un año; así que, el conde Gilbert, que fuera renegado, nunca tanto pesar ficiera á Dios ni tanto mal á cristianos como él faria si de aquel campo saliese vivo. Cuando el caballero del Cisne oyó lo qu'el Duque estaba diciendo, fué ende muy maravillado, é extrañólo mucho, é eso mesmo hicieron los fieles, que lo oían bien todo; mas el Duque no daba nada por ende, tanto andaba soberbio é bravo é partido de toda virtud é vergüenza; é estaba royendo los dientes é tornando los ojos, como quien quiere meter espanto muy grande é muy espantoso, con la espada en la mano, á guisa de muy bravo é muy fuerte qu'él era, como vos ya hobimos dicho; é era muy mayor de cuerpo gran pieza qu'el caballero del Cisne, é muy mas grande é muy mas valiente de mucho; de guisa que le temía mucho el caballero del Cisne; lo uno, por la fiera grandeza que en él veía; lo otro, por los grandes golpes que dél recibiera; é por ende alzó los ojos contra el cielo é fizo su oracion, mas no tal como la del Duque fué, é dijo así: «Señor Dios, que eres verdadera Trinidad, Padre é Hijo é Espíritu Santo, tres personas, un Dios verdadero, pídotte por merced, Señor, que tú me guardes é me ayudes, porque este diablo no me pueda empecer ni lo pueda facer, ni vencer con poder de la su valentía, en que se atreve, por el cual esfuerzo olvida á tí é al tu poder é á las tus obras, é sigue las del diablo é la su voz, con la cual él comenzó todos sus fechos, manteniendo toda soberbia é toda crueldad, con la cual cuida vencer hoy esta lid; é tú, Señor, le sey destruidor en ella, é conqueridor de la gran traicion que comenzó, porque las dueñas no pierdan hoy su derecho ni los cuerpos, ni sean desheredadas por tan gran falsedad como este desleal duque, retraido de la tu fe é de la tu esperanza, cuida lo suyo levar dellas, por las cuales yo esta voz tomé, por el tu mandamiento; é tú, Señor, muestra el poder de la tu virtud porque el tu juicio se libre hoy aquí, así como tú eres justo juez é verdadero é de toda justicia cumplido.» Cuando el caballero del Cisne acabó desta guisa su oracion, é alabando mucho á Dios cuanto él mas pudo, el Duque, que entendia bien lo que decía, é lo estaba catando de mala catadura, dijo así:

«E ¿qué es eso, caballero? ¿Estás haciendo oracion, ó quizá cuidas que Dios ni tus oraciones habrán hoy poder de te valer ni ayudar contra mí? No es eso nada, ni lo creas; que aunque la tu ventura fuese tan grande, que me matases ó me vencieses, lo que no podría ser, tú no puedes escapar que no mueras conmigo; que si de mí escapases, el poder que yo aquí tengo es tan grande, de que no puedes escapar ni guarir, ni aun el Emperador, si quisiere, que no le echen fuera de la cibdad de Nimeya, é le no fagan perder lo mas de cuanto ha. Pues aun tú no me has vencido á mí ni tan mal tratado, porque tú por muy libre te debas tener de las mis manos; ca á poca de pieza verás en cómo fincarás dellas é lo que yo te faré.» El caballero del Cisne, que tenía el ojo en él, mirándolo cómo lo podría ferir en guisa que le empeciese lo mas que pudiese, le respondió así: «Duque, mucho me semeja fierá é extraña cosa amenazar al que delante vos teneis.» E cuando le esto hobo dicho, dejáronse correr el uno al otro. E el Duque le dió al caballero tan gran ferida del espada por encima de la cabeza, que cuanto alcanzó del yelmo todo vino á tierra, é el golpe descendió al cabo de la pierna é cortóle una pieza de la falda de la loriga, é la punta de la espada entró en el suelo mas de una mano; de guisa que si en la carne le hobiera alcanzado, ó le matara ó le cortara todo cuanto la espada ante sí fallara; mas el caballero del Cisne, otrosí, que no había enflaquecido mucho su golpe, ante le dió tan gran ferida de la espada, que cuanto alcanzó del escudo todo fué á tierra, é el golpe vino sobre la anca diestra de guisa, que le cortó una pieza de la carne é del hueso, é desta manera se probaban á esgremir aquellos dos lidiadores; así que, todo hombre que viesse sus golpes é las feridas que uno á otro se daban, é cuán mortalmente se combatian, podría bien entender que de allí adelante no se podría partir la lid menos de morir el uno dellos; ca el caballero del Cisne, que lidiaba por las dueñas, había sabor de demandar su derecho é afincaba al Duque cuanto podía; é el Duque otrosí, que había deseo de se vengar, facia á él eso mesmo; así que, cuando se acordaba de la nariz é del bezo que había perdido, é en los otros muy grandes golpes que había rescebidos, crescía tan gran saña é tan gran ira, que salia de su seso; é por ende quería se aventurar á tomar muerte ó vengarse, é fuése llegando á paso furtado á él por ferirle por el rostro ó por los brazos, mas no lo pudo facer; é en tirando el Duque el brazo contra sí del golpe, el caballero del Cisne le dió una gran cuchillada en el brazo diestro, entre el escudo é el otro, que le cortó la mano; así que, la espada é el puño cayeron en el campo. Cuando esto vió el Duque, entendió que era llegado á la muerte, é luego consideró en cómo se podría vengar de guisa que, pues que él muriese, que tambien muriese el otro con él, é asíóle con el brazo izquierdo muy de récio, é trabó dél de guisa, que lo alzó de tierra muy ligeramente, con lo que se ayudó del otro brazo, é quisíerale levar al rio por se echar con él dentro é que muriesen allí amos; é comenzóse á levar de aquella guisa contra allá; mas el caballero del Cisne pugnó en cuanto pudo en salir de su poder, é trajéronse un poco á brazo en manera de luchar; é el C-U.

Duque estaba ya muy flaco é muy desangrado, de la mano que perdiera é de la mucha sangre que dél salió, á gran maravilla, de las llagas, é otrosí de las espuelas, que se le trabaron una con otra, que le embargaron mucho; pero muy mas le embargó el mal derecho que tenía é la jura falsa que ficiera; así que, hobo de ir á tierra. Entonce echóse sobre él el caballero del Cisne é quitóle el yelmo, é comenzóse á dar con la manzana de la espada tantas feridas por el rostro é por la cabeza, fasta que lo mató. Desí cortóle la cabeza é metióla en el yelmo que le quitara, é llamó aquellos doce caballeros que eran fieles del campo, é preguntóles, pues aquel era muerto, si había ahí mas de facer porque las dueñas cobrasen su tierra; é ellos dijieron que asaz había fecho. Esa hora el caballero del Cisne tendió los brazos en cruz é echóse en la tierra, é fizo sus plegarias é su oracion la mas complida é mejor que él pudo, é loó é alabó é dió gracias á nuestro Señor por la ayuda é merced que le ficiera. Desí levantóse, é entonce preguntó otra vez á los fieles si le podrían levar en salvo fasta do estaba el Emperador; é ellos dijéronle que sí, é que no se temiese, ca ellos lo levarían é que no se parterían dél. Despues que esto le hobieron dicho, fuéronle á cabalgar en su caballo, qu'él trujo ahí; é ellos é los quinientos caballeros otrosí, que fueran puestos por guardar el campo, fueron todos con él, levándole muy guardadamente, faciéndole toda honra. El caballero del Cisne iba en aquel caballo mesmo que le diera el Emperador en que lidiase contra el Duque, é iba armado de todas sus armas el cuerpo, é el caballo otrosí, é levábale un escudero delante el su escudo, é otro el fierro de la lanza con un pedazo del asta que él quebrara á la primera justa que hobiera con el Duque; é él levaba ante sí, en el yelmo que fuera del Duque, la cabeza mesma metida en él; é desta guisa fueron fasta el palacio del Emperador.

CAPITULO LXXX.

Cómo el caballero del Cisne presentó al Emperador la cabeza del Duque, é de cómo descabezaron las rehenes.

Mucho era gran maravilla la gente que venia á ver el caballero del Cisne cuando salió del campo, é iban con él aquellas compañías aguardándolo, yendo de aquella guisa que oistes, é todos le saludaban é le facian gran honra, é lo rescebían bien con su palabra é le daban grandes bendiciones; mas él, desde del campo fué salido, no quiso hablar á hombre del mundo fasta que llegó al Emperador; é cuando fué ante él fincó los hinojos así como estaba armado; é eso mesmo hicieron los doce caballeros fieles de la lid, que venian todos en uno con él al Emperador por contarle el fecho cómo pasara; mas el caballero del Cisne habló primero que ninguno de los otros, é dijo á muy altas voces, así que todos lo pudieron bien oír é entender, ca el Emperador mandara á todos que callasen por oír lo que el caballero diría, é él dijo así: «Señor emperador de Alemania, Dios, que es poderoso sobre todas las cosas del mundo, vos lo agradezca é vos honre por ello, é todos cuantos en esta tierra son, é que son en el vuestro imperio é por todas las tierras del mundo, vos lo deben gradescer é loar; é de mí di-